

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

*Tema: Díos llena nuestras manos vacías –
Elíseo y la viuda con su vasija de aceite (2.Reyes 4:1-7)
(9 días)*

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
© Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Día 1

2.Reyes 4:1-2a

La mujer de la que habla nuestro texto se encontraba en una situación desesperada. En aquella época reinaba en Israel el rey Joram (851-845 a. C.); era una época de apostasía, donde muchos renegaron de Dios. El profeta Elías tenía la misión de procurar que el pueblo dejara de adorar a Baal y volviera al Dios vivo (1.Reyes 18:1,2,17-45). En la época de Eliseo, su sucesor, solo quedaba un pequeño remanente que no se había arrodillado ante Baal. Su misión especial se centraba en sus discípulos, los así llamados “hijos de los profetas”*. Algunos se habían empobrecido y carecían de medios para subsistir con sus familiares.

El lugar de los acontecimientos que queremos mirar debe ser Jericó. En el caso de esta viuda, la situación era grave: Un acreedor la amenazaba con la servidumbre por deudas. Esto afectaba a sus dos hijos que tendrían que saldar la deuda como esclavos sometidos**, a menos que un redentor los rescatara (Lv. 25:47-49). Además, sin sus hijos, la viuda habría perdido su sustento social.

La mujer pidió ayuda a Eliseo con insistencia. En su clamor desesperado queda patente la amenaza inmediata de la viuda y los huérfanos del profeta fallecido. Ella se dirigió a Eliseo como a su patrón, refiriéndose a su difunto marido; lo llama “servidor” de Eliseo, y que “era fiel al Señor” (v.1 NVI).

El clamor de la viuda nos recuerda el grito del ciego Bartimeo de Jericó: “¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí” (Mr. 10:46-48). “¿Qué puedo hacer por ti?” (v.2 NVI): la pregunta del profeta se asemeja también a la que Jesús le hizo a Bartimeo: “¿Qué quieres que haga por ti?” (Mr. 10:51; comp. 2.R. 2:9). Nuestro Señor está atento a nuestras peticiones de ayuda. Sí, en una de sus parábolas nos iguala con una viuda que clama por justicia. Con ella, nos anima a acudir sin cesar a Dios con nuestros asuntos (Lc. 18:1-8).

*Los “hijos” (RV) o “miembros de la comunidad” (NVI) de los profetas eran sus discípulos, agrupados en las ciudades de Guilgal (2.R:1), Betel (2.R:2,3) y Jericó (2.R:4,5,18).

** En el Antiguo Oriente era bastante habitual entregar a los niños como esclavos para saldar una deuda.



Día 2

2.Reyes 4:1,2; 1.Reyes 17:1,7-16

Esta mujer, cuyo grito ha llegado a un oído atento, recibe un tierno cuidado. Pero primero debe reconocer ante el profeta los recursos de que dispone: “Tu sierva ninguna cosa tiene en casa, sino una vasija de aceite”. No había nada con qué pagar, nada con qué liberarse.

La falta de aceite consideramos un signo de extrema pobreza. Era previsible que, en breve, la viuda se encontrara ante tan solo recipientes vacíos y que ya no le quedara nada. Una vasija vacía significaba la muerte; una llena, en cambio, significaba la vida. La viuda de Sarepta, que se encontraba en una situación similar, resumió esta realidad de forma bastante drástica, pero también realista: “Estaba recogiendo unos leños para llevármelos a casa y hacer una comida para mi hijo y para mí. ¡Será nuestra última comida antes de morirnos de hambre!” (1.R. 17:12b NVI).

En la Biblia, los recipientes vacíos son siempre también un símbolo de las manos vacías. Tener las manos vacías no nos resulta agradable. Nos sentimos mejor cuando traemos algo en la manga, que podamos ofrecer a los demás, ya sea de forma práctica, como regalos, hospitalidad o ayuda, o también conocimientos o experiencia práctica, por ejemplo, un buen consejo, una idea o una palabra de consuelo.

Pero, no siempre se nos ocurre la idea adecuada o tenemos el valor para entablar una conversación; no siempre tenemos una situación bajo control ni nos sentimos capaces de afrontarla. A veces no podemos compensar por nosotros mismos la falta que sentimos — ni por actividades adecuadas y trabajo intenso, ni mediante una gestión óptima del tiempo o mejor fuente de recursos. Luego tendemos a desesperarnos, en lugar de confiar en Dios y buscar sus consejos.

¿Adónde voy con mi “nada”, con mis escasos recursos? ¿Con lo que me falta en la vida?

Podemos confiar en nuestro fiel Señor y entregarle nuestras debilidades: Salmo 34:8-10; Hebreos 10:35-39; Santiago 1:5,6.



Día 3

2.Reyes 4:2; Salmo 23:1

Dios quiere llenar nuestras manos vacías. Le gusta llenarlas. Le complace colmarnos de dones: “Abre tu boca, y yo la llenaré” (Sal. 81:10b; lea Sal. 107:8-9; Fil. 4:19). Esto incluye que no disponemos de antemano de lo que necesitamos en una situación concreta.

Corrie ten Boom* le dijo a su padre cuando ella era niña: “Papá, no creo que pudiera sufrir por Jesús. Mi fe no es lo suficientemente fuerte”. Su padre le respondió: “Corrie, cuando vas en tren de Haarlem a Ámsterdam, ¿cuándo te doy el billete? ¿Mucho antes?”. “No, solo cuando voy a viajar”. “Dios hace exactamente lo mismo. Ahora todavía no necesitas la fe para eso. Pero cuando llegue el momento, Dios te dará lo que necesites”. Más tarde, Corrie dio este testimonio: “Más tarde, el Señor me dio el billete: cuando tuve que sufrir, la fuerza fluyó. Ni antes, ni después. Me la dio en el momento debido”.

Para la viuda, la ayuda también llegó a tiempo: “Los ojos de todos esperan en ti, y tú les das su comida a su tiempo” (Sal. 145:15; comp. 2.Co. 6:2; He. 13:5b,6).

En lo siguiente podemos ver algunos principios más:

1. Dios se funda en algo que ya existe.

“Declárame qué tienes en casa”, le preguntó el profeta a la mujer. Su pregunta recuerda a la que hizo Jesús durante el milagro de la alimentación de los cuatro mil: “¿Cuántos panes tenéis?” (Mt. 15:34).

La mujer respondió a Eliseo: “Tu sierva ninguna cosa tiene en casa sino una vasija de aceite”. El profeta se fijó en algo que la viuda tenía en casa: esa vasija de aceite, cuya cantidad era la necesaria para ungirse. En la versión de Elberfeld (en alemán) se mencionan dos posibles traducciones: “un jarro de aceite” y “una unción de aceite”. Podría tratarse de aceite de oliva común o de un valioso aceite de unción, es decir, una esencia similar a un perfume.

El precioso aceite de unción nos recuerda lo valiosos que somos para Dios y que Él quiere hacernos bien: “Unges mi cabeza con aceite” (Sal. 23:5; comp. Sal. 92:10; Mt. 26:6,7,10b).

*Corrie ten Boom (1892-1983) creó durante la Segunda Guerra Mundial una organización clandestina en los Países Bajos para salvar a personas judías, sobrevivió al campo de concentración de Ravensbrueck y luego viajó por todo el mundo como embajadora de la reconciliación.

Día 4

2.Reyes 4:1,2; Salmo 45:7

En primer lugar, algunas reflexiones sobre el uso y el significado del aceite de unción en la Biblia: Con el aceite de unción se cuidaba y se limpiaba la piel (Rut 3:3; Sal. 104:14,15). También se nos habla del mandato de Dios de purificar con aceite a los leprosos curados (Lv. 14:1,2,17,18) y de ungir a los enfermos en el nombre del Señor (Santiago 5:14).

En el Antiguo Oriente, la unción era una muestra de aprecio y honor. Así lo proclamó el rey asirio Asarhadón en el siglo VII a. C.: “Hice que todo el pueblo de mi país se sentara a mesas festivas, en banquetes y agasajos; hice que sus corazones se regocijaran, empapé sus entrañas con vino... e hice que se les ungieran la cabeza con aceite exquisito...”.

La unción de los sacerdotes (Éx. 40:13-15), los profetas (1.R. 19:16b) y los reyes (1.S. 10:1; 16:3,13) se consideraba un acto de legitimación y de transmisión de fuerza y poder de Dios para cumplir sus ministerios. Así el aceite figuraba como símbolo para representar al Espíritu Santo. Jesucristo reúne en sí mismo esos tres ministerios. En su caso el Espíritu Santo se vio descender sobre Él como paloma (Lc. 3:21,22; 4:18-21; Hch. 10:38).

La viuda tenía una vasija de aceite en casa. Cuando Dios nos emplea en nuestro servicio para Él, recurre, por un lado, a lo que sabemos hacer y a lo que tenemos. A menudo nos asigna tareas y puestos en los que aportamos nuestra práctica y experiencia, y se basa en lo que ya tenemos. En el caso de la viuda empobrecida y sus hijos, Dios, además de utilizar su aceite, se basa en lo que encuentra en ellos en cuanto a condiciones espirituales (comp. Mt. 9:27-31).

Dios también se basa en nuestra fe: las acciones y experiencias cotidianas deben estar unidas a nuestra fe (comp. 2.Co. 6:1,2,10; Stg. 2:5). Por otra parte, Dios, a través de su Espíritu, también puede crear algo completamente nuevo y encomendarnos algo nuevo, como en el caso de Pedro, quien recibió de Jesús el encargo de la misión entre los gentiles (Hch. 10:1-48).

¡Lo fundamental es que realicemos, por medio del Espíritu de Dios y con alegría y dedicación, la labor en la que Dios nos ha puesto!

Día 5

2.Reyes 4:2-6

En el texto bíblico para hoy se repite muchas veces la palabra “vasija”. Si queremos transportar algo que no podemos amarrar porque es líquido o granuloso, necesitamos un recipiente resistente. Los más disponibles y económicos hoy en día son recipientes de plástico. Pero este material no fue inventado hasta el siglo veinte. Antes, por muchos siglos los recipientes populares eran vasijas de barro cocido. Los artesanos podían fabricarlos fácilmente de barro sacado del campo. Si no son quebrados, son muy resistentes y servían para almacenar bien conservados agua fresca, granos, nutrientes, objetos de valor y documentos. Además, había recipientes metálicos.

Hay más casos en la Biblia, donde Dios utilizó vasijas para realizar su obra en su pueblo. A continuación, vamos a leer algunos ejemplos:

- Rebeca sacó agua del pozo con su cántaro para Eliezer y para diez camellos. Esto dejó claro que era la mujer adecuada para Isaac (Gn. 24:43-46).
- Jeremías tuvo que observar a un alfarero. De un pedazo de barro él estaba moldeando una vasija; pero se formó mal. Volvió a comprimirlo para formar otra vasija. Esto tuvo que contar al pueblo de Israel como parábola: “Como el barro en la mano del alfarero, así sois vosotros en mi mano” (Jer. 18:1-6).
- En la parábola de las diez vírgenes, las prudentes tenían en sus vasijas una reserva de aceite que les permitió participar en la boda (Mt. 25:4,10).
- En las bodas de Caná, Jesús convirtió el agua, que habían echado en tinajas de piedra, en vino (Jn. 2:6-9).
- La mujer samaritana llegó con su cántaro al pozo, donde Jesús estaba sentado, y encontró a Cristo que le daba agua viva eterna, y a sus conciudadanos también (Jn. 4:10-15,28,40-42).

En la Biblia, a los seres humanos también se nos denomina “vasos” a través de los cuales actúa Dios: Respecto a Pablo, Dios dijo: “Instrumento escogido me es éste, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y del pueblo de Israel” (Hch. 9:15; comp. 2.Co.4:6b,7). ¿Utilizamos lo que se nos ha confiado para la gloria de Dios? ¿Estamos nosotros mismos consagrados a Él? (Lea Esd. 8:28; 1.Co. 10:31; Col. 3:17).

Día 6

2.Reyes 4:3-6; Salmo 72:18,19

2. Dios nos hace participar en su obra de bendición

La mujer se vio obligada a confiar en lo que le dijo el profeta: “Ve y pide para ti vasijas prestadas de todos tus vecinos, vasijas vacías, no pocas. Entra luego, enciértrate tú y tus hijos; y echa en todas las vasijas, y cuando una esté llena, ponla aparte”. Ella tenía que actuar por sí misma, salir a pedir vasijas, llevarlas a casa y verter el aceite. Se le pedía que se implicara personalmente para cambiar su situación. La viuda necesitaba valor para exponerse a sus vecinas posiblemente curiosas o desconfiadas, en Jericó.

No solo ella misma, sino también sus hijos se convirtieron entonces en testigos de un milagro de multiplicación y participaron en él: le pasaban los recipientes a su madre para que ella vertiera el aceite sin interrupción (comp. Jn. 6:8-13).

Mientras llenan de aceite los recipientes vacíos, deben encerrarse expresamente en la casa para que no se les molesten mientras realizan su tarea (comp. 2.R. 4:32-37). También se trataba de evitar que la gente que busca sensaciones o escándalos, les bloqueen. Jesús tampoco buscaba la atención del público en casos como ese, sino más bien lo evitaba (comp. Mr. 5:35-43).

En la casa de la viuda, la abundancia concedida por Dios no cesó hasta el momento en que ya no quedaban más vasijas vacías. Tal como se anunciaba en Deuteronomio 28, ella y sus hijos, como personas que obedecían a Dios, experimentaron su bendición: “El Señor bendecirá tus graneros, y todo el trabajo de tus manos. ... El Señor te concederá abundancia de bienes, ... El Señor abrirá los cielos, su generoso tesoro, ...” (Dt. 28:8,11y12 NVI; comp. Ef. 3:20-21).



Día 7

2.Reyes 4:3-6; 2.Corintios 6:10

“Dios llena nuestras manos vacías” - este hecho nos recuerda al evangelista alemán Georg Müller (1805-1898), conocido como el “padre de los huérfanos de Bristol” en Inglaterra. Dios llenó sus manos de manera asombrosa.

Un día, Georg Müller y los niños, que vivían con él en el orfanato, se encontraban en una situación difícil. Era la hora del desayuno, pero no había nada que comer. La hija de su amigo, una niña pequeña, estaba de visita. El padre de huérfanos la tomó de la mano y le dijo: “Ven a ver lo que va a hacer nuestro Padre celestial” (comp. Mt. 6:25-34; 7:7-11).

En el comedor había mesas largas con platos y tazas vacíos. No solo no había comida en la cocina, sino que tampoco había dinero en la cuenta bancaria.

Georg Müller oró: “Querido Padre, te damos las gracias por lo que nos vas a dar de comer” (comp. Jn. 11:41b).

De repente, llamaron a la puerta. Cuando la abrieron, el panadero estaba ahí fuera y dijo: “Señor Müller, anoche no podía dormir. Por alguna razón, tenía la sensación de que le faltaría pan para el desayuno. Así que me levanté a las dos de la madrugada y horneé pan. Aquí lo tiene”. Georg Müller le dio las gracias y alabó a Dios.

Poco después volvieron a llamar a la puerta. Esta vez era el lechero. Su vehículo, con el que repartía la leche, se había averiado justo delante del orfanato. Dijo que le gustaría darles la leche a los niños, ya que el carro tenía que estar vacío para poder repararlo.

En un sermón se dice lo siguiente sobre Georg Müller: “El secreto de este hombre residía en su actitud ante la oración. Una y otra vez se encontraba ante la nada, porque no llegaban donativos, había facturas que pagar y los niños no tenían qué comer. Pero nunca dejó que se lo note afuera y nunca pidió dinero a los demás. Lo único que hacía era orar. Confiaba en que Dios escucharía sus oraciones y le ayudaría”. (Lea Mr. 11:22-24; Jn. 14:13-14; 1.Jn. 5:14-15.)



Día 8

2.Reyes 4:6,7; Efesios 2:14a

3. La acción bendicidora de Dios va más allá de la situación actual y se extiende hacia el futuro

¡Cuán grande debieron de ser el alivio y la alegría de la viuda ante aquella enorme cantidad de aceite! Con aquella riqueza inesperada, Dios no solo la ayudó a saldar sus deudas actuales, sino que también se encargó de que pudiera cubrir sus necesidades futuras y las de sus dos hijos.

Una vez llenados los recipientes, había que vender el aceite (probablemente en el mercado local). “Paga a tus acreedores” también puede traducirse como: “guarda paz con tus acreedores”. La palabra hebrea para ‘paz’ es ‘shalom’ (comp. Jn. 20:21,26b). “En la Biblia, la paz es más que la ausencia de guerra. ‘Shalom’ es una paz totalmente integral, en la que ya no existe el más mínimo obstáculo entre las personas implicadas, un estado de armonía completa” (según H.-W. Neudorfer).

Jesucristo ha restablecido esta paz entre Dios y los hombres, que también nos permite vivir en paz unos con otros: “Ya que hemos sido justificados mediante la fe, tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Ro. 5:1 NVI; comp. Jn. 14:27; 16:33; Fil. 4:7).

Para la viuda, la agotadora guerra privada entre acreedores y deudores tuvo fin. Ella ya no necesitaba esconderse y mandar decir que no está en casa. Incluso el futuro — un nuevo comienzo — estaba asegurado: con lo que sobraba, la mujer y sus hijos podían vivir.

“Así pues, también los apuros de la gente de la calle figuran en la agenda del ‘hombre de Dios’ y, con ello, de Dios mismo. No le es indiferente la desesperación de una madre cuyos hijos están en peligro” (H.-W. Neudorfer). “Pero Tú ves la opresión y la violencia, las tomas en cuenta y te harás cargo de ellas. Las víctimas confían en ti; Tú eres la ayuda de los huérfanos” (Sal. 10:14 NVI; comp. Dt. 10:17y18; Sal. 146:9).



Día 9

2.Reyes 4:1-7

Reflexionemos sobre los acontecimientos relacionados con la viuda y la vasija de aceite: sí, es cierto que Dios nos saca de manera maravillosa, al igual que a esta viuda y a sus hijos, de una situación de necesidad o incluso de peligro. Podemos decir: “me pusiste en lugar espacioso” (lea Sal. 31:7,8 NVI; 18:19,36). Algo se sana en nuestra vida y Dios nos concede una oportunidad completamente nueva — tras una relación rota, una enfermedad que pone en peligro la vida o una quiebra financiera (comp. Jer. 30:17-19; Jn. 10:10b).

Pero, además, también está el hecho de que “Dios nos da la fuerza, la paciencia y la tenacidad para resistir en la adversidad, confiando en Él. A menudo se nos exige lo último que nos queda y en lo que aún tenemos esperanza. Dios quiere que sepamos que Él es el único Salvador verdadero” (H.-W. Neudorfer; comp. Is. 33:22; Lc. 18:7-8a; 2.Co. 1:9-10).

Sea cual sea el camino por el que Dios nos guíe, siempre estamos llamados a confiarle todo lo que nos mueve el corazón. ¡Él cuidará de nosotros! En el Salmo 55:22 se resume esto de manera acertada: “Echa sobre el Señor tu carga, y él te sustentará; no dejará para siempre caído al justo”. Al final del salmo, en el versículo 23, David confiesa: “Yo, por mi parte, en ti confío”.

Un poeta ha compuesto versículos de los Salmos 55:22; 51:1,11,12; 108:4*:

“Encomienda al Señor tus preocupaciones, y Él te sostendrá.

Y no dejará para siempre en la angustia al justo.

Porque su misericordia llega hasta dónde llega el cielo.

Y nadie que espere en Él quedará avergonzado.

Ten piedad de mí según tu palabra, perdona mi pecado.

Y vuelve tu rostro hacia mí y consuélame de nuevo.

Porque tu misericordia llega hasta dónde llega el cielo.

Y nadie que espere en ti quedará avergonzado”.

*En el hermoso oratorio “Elías” de Felix Mendelssohn Bartoldy (en 1846, Cuarteto n° 15).